



Giorgio me despertó aquella mañana con un mensaje lleno de aplausos, tartas de felicitación y botellas descorchadas. Al final del mensaje escribió una cifra maldita, solo dos palabras entre figuritas: tres millones. Pretendía decirme que la edición estadounidense de nuestra novela había llegado a la vigésima reimpresión, lo que significaba que aquellos salvajes habían comprado ya quinientos mil ejemplares de *Modern Pilgrims in Ancient Routes*. Él estaba feliz, pero yo había perdido una apuesta. Maldita sea la literatura, y sé lo que digo: había perdido por su culpa los doscientos cincuenta mil euros que costaba el coche que prometí regalarle al editor si llegábamos a los tres millones. Mejor perderlos en una apuesta con tu editor que evadirlos al fisco, o que el fisco te los reclame. La gente me reconoce por la calle, los periodistas me persiguen —y algunos señores me mirarán extasiados cuando firme ejemplares—, pero solo desde el día del mensaje con figuras. Aquel martes por la mañana, un servidor era solo el desconocido traductor de Tomás de Aquino, alguien que tenía que pagar sobornos para que sus insulsos artículos sobre filosofía medieval se publicaran en revistas independientes y prestigiosas.





Si siguiera escribiendo catálogos de venta online, reflexiones sobre las Termópilas —o si no hubiera dejado la traducción de Tomás de Aquino a mitad— sería también escritor, pero por la calle no me reconocería ni Cristo. En cambio, si ahora me da por apuntar en las redes sociales la primera chorrada que me viene a la cabeza mientras saboreo un café buenísimo, se desencadena la de Dios es Cristo, y eso se lo debo a ser novelista. Una prueba: «El café que me acabo de tomar en el Centrale parece que lo hayan filtrado con un calcetín de ese escritor chileno, ese tan insoportable y que se lavaba tan poco; sí, ese». Los periódicos digitales dirán: «Zamboni afirma que en Florencia el café lo filtran con calcetín e incendia las redes».

Coincidió con Giorgio en la universidad, a doscientos metros de la Galleria dell' Accademia. Fuimos alumnos de Francesco Ricciardi y ambos nos doctoramos en filosofía medieval en 1991, año en que Ferrari lanzó el Testarossa 512TR. Él se abrió camino enseguida porque era simpático, calvo, hablaba alemán y tenía un don de gentes que no tenemos los nacidos en Impruneta. Pasó de alumno a director editorial a gran velocidad. Se abrió camino poniendo al servicio de su facilidad de palabra dos docenas de conceptos, banales, del esoterismo medieval que por aquel entonces estaba de moda. Era más listo que el hambre. Entre la última vez que bebimos juntos y la primera que lo vi aparecer en su nuevo cargo no había pasado más de un año. Luego supe que a todas estas cualidades unía la de hombre fiable, la de alguien que había recorrido el mundo pero que, incomprensiblemente, mantenía una relación idílica con la ciudad de Barcelona, como más abajo se dirá. Este detalle, venial o mortal a según de cada uno, es algo que no se le puede tener en cuenta a quien tiene otras





virtudes y circula por el mundo editorial con las luces largas puestas y, mientras tú miras extasiado una pila de libros en una librería de renombre, él mira diez meses adelante y se ríe del renombre porque sabe que también se puede comprar. No le gustaban los esdrújulos, pero mantenía contactos con el mundo universitario, porque decía que la altivez también se podía comprar. Fuera del trabajo lo vi solo una vez acompañado de una mujer, era hombre fiel y respetuoso. No me sorprendió cuando más tarde adiviné que daba de comer, y muy bien, a sus antiguos profesores.

De entre ellos, Ricciardi opinó siempre que Tomás de Aquino necesitaba una nueva edición porque, decía, no podemos seguir leyendo a los muertos como si estuvieran muertos. Se pasó quince años buscando quien le hiciera caso. Como no encontró a nadie tan desprevenido como yo, me llamó y me ofreció una beca ridícula —cercana a la explotación, pero irrenunciable porque estaba vinculada al prestigio universitario—, con la intención de que, en lo que dura un plan quinquenal, tradujera todo lo que diera de sí el momio. La velocidad de la traducción estaba condicionada por el dinero, y no por la sintaxis del santo.

Al final, dediqué diez años a la Suma teológica; y fue un fracaso. La impresión se demoró otro año más porque la editorial era más miserable que yo y puso todo el empeño posible en arramblar con cuanto dinero público pudo para que su gran aportación a la cultura occidental no le costara una lira, y eso lleva su tiempo. La traducción era tan buena que Ricciardi hubo de hacer verdaderos esfuerzos para que sus colegas la reseñaran con un montón de mentiras necesarias y que me valieron un montón de elogios y cuatro palmadas, en la espalda y mal contadas. Me había acostumbrado a trabajar poco. Por ello, amparado en el sistema amical que





reinaba en la universidad y en las editoriales subvencionadas con dinero público, era capaz de sacar gran rendimiento a mis medianos esfuerzos. En una palabra, todos me veían como un frescales al que merecía la pena echar una mano porque inspiraba una simpatía no peligrosa, y porque creían que mi mayor virtud era la capacidad de dejar en paz el puesto de trabajo de los muchos que viven obsesionados por el escalafón.

A finales de marzo de 2017, con dos ejemplares del penúltimo volumen de la Summa bajo el brazo, doblé la esquina del Vicolo della Passera y cumplí la promesa que me había hecho hacía dos años: un volumen se lo había ofrecido al Arno, y en el Arno acabó. El otro pensaba enterrarlo bajo la zueca de uno de los olivos que cultivaba Filippo en Impruneta. Una vez cumplido el rito con el Arno, emboqué Via Montanara con la intención de hacer no sé qué. Al pasar delante de la puerta de Palazzo Manetti pensé en la cantidad de malnacidos que hay en esta ciudad. Treinta metros más allá volví a leer la placa, una de esas placas pensadas con un mal gusto de antología (letras unciales sobre metacrilato), que anunciaba lo que ya sabía: «Scrittori in piattaforma».

Giorgio Natali fundó su quinta editorial en 2012. En cinco años había editado más de seiscientos libros, casi todos prescindibles excepto para la vanidad de los autores, los bolsillos del editor y las librerías de los aeropuertos. Es decir, Giorgio se había hecho rico con libros que están lejísimos del mamotreto que llevaba yo bajo el brazo. Hacía más de diez años que no lo veía y estoy seguro de que no nos habíamos echado de menos. Conjugadas estas dos variables pensé que era el momento de regalarle, como si le escupiera, la segunda parte de la segunda parte de mi santo Tomás.





Su editorial tiene la sede en el, también, segundo piso de un palacio antiguo, de esos construidos para que el señor pudiera subir con el caballo hasta donde se le antojara: muchas escaleras de peldaños bajos que hacen alargar el paso incluso a un buen mozo. Comparte rellano con «Leonardo. Italiano per stranieri», puerta B, y Banca Popolare di Sondrio Private Bank, puerta A. «Scrittori in piattaforma» tiene alquilados trescientos metros cuadrados en uno de los palacios de la familia Niccolini, condes llenos de nostalgia y de fotos. Giorgio es un hombre de gustos eclécticos: se ha hecho restaurar los frescos antiguos con colores pastel sin importarle un comino el parecer de la superintendencia cultural, ha mantenido el suelo de adobe florentino siempre que ha sido posible; cuando no, ha hecho sustituir el ladrillo roto por láminas de madera costosísima, también florentina. Así, apenas entras, no sabes dónde pisas, por lo que estás obligado a llegar claudicante, como un herido, hasta el guapísimo recepcionista que se ofrece como cosmopolita sin lograr esconder las oclusivas aspiradas propias de Fiesole. Nada grave. Me presento. Giorgio no está. Está en Madrid; sin más explicaciones, que me importarían un pimiento. Vuelvo a presentarme más por extenso: «Compañero de clase de Giorgio y quiero dejarle un regalo, nada importante, un volumen de la *Summa* de Tomás de Aquino, sabe, como recuerdo de los tiempos de universidad, sabe, Giorgio podría haber sido un gran medievalista [cara inexpresiva, como una fiaschetta de Chianti], si me deja un bolígrafo se lo dedico, gracias, ah, y un sobre, se lo dará ¿verdad?, hace mucho que no nos vemos, pero era un buen conversador y se bebía muy bien a su lado [cara inexpresiva del tipo “a mí me lo vas a contar”]». El recepcionista cumple profesionalmente con una sonrisa,





me regala un gesto con la cabeza y me acompaña hasta la puerta, sin cojear, porque se sabe la peculiar distribución del suelo, en el que se mezclan baldosas de adobe con listones de abeto. No he pasado del recibidor ni he visto más allá de la exquisita profesionalidad de un joven toscano, pero tengo la impresión de estar en un mundo lleno de lugares comunes. El pobre de Aquino se sentirá allí como un contestatario deseable; y yo me sentí como si hubiera dejado caer, en un universo de precisión puesta al servicio de las editoriales gestionadas como las relojerías, una prosa capaz de sembrar un desorden gramatical sin precedentes. Tuve por primera vez la sensación de estar jugando con riesgo.

Me gano la vida escribiendo, y me la gano bien porque miento como el mejor: redacto catálogos para venta por correspondencia en una multinacional que vendería almas al diablo si alguna le quedara en el almacén. Esta prosa pinturera se la debo a Tomás de Aquino y rendía, y rinde todavía, dos mil euros al mes. Vivo con Nadia, una mujer de una inteligencia sobrehumana, especialista en enfermedades innombrables y con las palmas de la mano capaces de romperle el mundo al más pintado. Compartimos un apartamento de proporciones humanas en Via degli Alfani, es decir, nos hipoteca más el vino que el alquiler. Ella trabaja jornadas normales porque es estajanovista dentro; por mi parte, trabajo, en el sentido que tenía mi abuelo de la palabra trabajo, unos diez minutos al día.

Tengo tiempo libre porque se me paga por líneas, no por resultados, y mi prosa comercial es tan infalible que mis jefes siguen encantados con mis horarios excéntricos. Creen entender que necesito sentarme en un banco a ver pasar los clientes, esa cosa tan abundante que ahora





llaman turistas, para cogerle el pulso a la situación. Esta expresión es el mayor ejercicio lírico del que son capaces mis jefes en Forest. En lugar de sentarme en un banco prefiero ir a correr Arno arriba Arno abajo, de ahí que el volumen de santo Tomás haya acabado allí. Antes de encontrarme con Giorgio, mi jornada de no trabajo era la siguiente: me despertaba a las nueve de la madrugada, me desinformaba con los titulares de media docena de periódicos digitales, desayunaba invariablemente lo mismo y al poco me dedicaba a mis labores. Salía de casa y volvía a desayunar invariablemente un algo diferente en el Chicco Bar, el único punto de encuentro que nutría mi vida social. Forest Italy Srl tiene su sede en Via Ricasoli, y allí tengo a mi disposición una silla, un bloc de notas, un lapicero Spalding y una mesa invariablemente invadida por un montón de catálogos editados por Forest NY Plc, cuyos textos, convenientemente manoseados, he de adaptar al gusto peninsular. Tras diez minutos agotadores, le entrego a Veronica —que hace las veces de factótum en Forest— las frases del día anterior, me agencio al buen tuntún dos catálogos en los que un memo ha escrito «*Life, comfort, modernity and an enjoyable absence of past*» como pie de página a una foto llena de palmeras indonesias. Mi trabajo consiste en salir a la calle para encontrar la durísima inspiración que me permita cambiar ese pie incomprensible por «Sin aceite de palma» —que es lo que mejor limpia las conciencias—, escribirlo en un papelito y tenerlo en el bolsillo hasta el día siguiente.

